

la Francia y de Inglaterra, con tal que reformase algun tanto su gobierno, procurando sobre todo secularizar la administracion.

El Padre Santo protexto contra aquel ataque á su soberania temporal, pero aceptó no obstante algunas de las condiciones propuestas.

La revolucion falta de pretexto para sacar la cabeza esparció infames libelos, atacando con las armas del escarnio.

Las sociedades secretas continuaban propagándose por todas partes y cuando el Santo Padre hubo obtenido que las tropas francesas y austriacas evacuaran los Estados pontificios; fué preciso crear tribunales extraordinarios para contener las sublevaciones de la *Jóven Italia*.

Cuando Turin, Génova, Florencia, Nápoles y otras grandes ciudades vieron llegar nuevamente á los apósteles de la nueva fé, solo Gregorio XVI tuvo valor para cerrarles las puertas de Roma, porque era el único que habia sabido comprender su objeto.

Es necesario hacer justicia á Gregorio XVI. Solo, sin fuerzas, sin apoyo de ninguna clase, resistió victoriosamente en las más críticas circunstancias á los fautores de las rebeliones. Supo contener todos los desórdenes y permanecer firme en su trono.

Veamos ahora lo que acerca de estos acontecimientos refiere el citado historiador Mr. de Montor.

«Los acontecimientos de Italia preocuparon vivamente á la monarquía de Julio, la cual, olvidando que habia proclamado el principio de no intervencion, quiso inmiscuirse en los negocios interiores del Estado pontificio. Ese gobierno distante de este último trescientas leguas, creyóse con derecho para intervenir en una contienda doméstica, y vedó á Gregorio XVI, que no contaba con fuerzas bastantes para reducir á los insurgentes, solicitar el auxilio de un aliado. En la sesion de 28 de Marzo de 1831, Casimiro Perrier, presidente del consejo, declaró en la tribuna que el ministerio miraba la ocupacion de Bolonia por los austriacos como una medida que podia obligar á la Francia á la guerra. Antes de terminar el mes, la Italia quedó pacificada, y restablecida la autoridad legítima en el Estado pontificio y en los demás puntos en dónde la revuelta habia cundido. «El Padre Santo, decia una carta particular de Roma, ha demostrado en esta ocasion poseer

un gran carácter; ha desechado meticulosos consejos, y hecho todo cuanto era posible hacer en la posicion en que se hallaba. Su digno y prudente comportamiento le ha granjeado mucho afecto de sus súbditos, y le honra á los ojos de los extranjeros.»

Acogióse bastante bien en Francia una alocucion dirigida por el Sumo Pontífice á sus súbditos, entrados ya en las vias del orden; mas todos los órganos de la prensa liberal se desencadenaron con inaudita violencia contra un edicto expedido en 14 de Abril de 1831 por el pro-secretario de Estado, T. Bernetti. Atacóse en todas partes ese edicto, tanto las comisiones como la confiscacion y las restricciones puestas en él á la defensa, y comparósele con la horrible ley de los sospechosos en la época del terror. Asociándose el gobierno á esos clamores, creyó de su deber invocar cerca del papa los derechos de la humanidad diciendo que ya que el jefe de la Iglesia habia olvidado y violado esos sagrados derechos, tomaba sobre sí atraerle al buen camino. El papa no debió agradecer mucho esos consejos, pues podia responder con razon que á haberse tomado interés en apaciguar la insurreccion en sus Estados, hubiera sido mas oportuno recomendar á su clemencia á algunos de los rebeldes, mas que despues de haber contribuido, con el auxilio de los periódicos, de emisarios y de toda clase de medios de una propaganda revolucionaria, á atizar el fuego, no era regular que se quisiese impedir que se extinguiera. Mediaron muchas notas entre el embajador de Francia y el ministro del papa respecto á la evacuacion de las tropas austriacas, manifestando el último algo intencionalmente, y no sin motivo, que el Padre Santo estaba dispuesto á acceder á los deseos expuestos por el gobierno francés, si el rey Luis Felipe queria contribuir por medio de la poderosa influencia de una declaracion pública á la conservacion del reposo de la Italia y del orden en esta parte central de la Península; comprometiéndose en ese caso el papa á pedir la evacuacion por las tropas austriacas, en los primeros dias de Julio, de todas las Legaciones en que se hallaban concentradas. Finalmente; en 15 de Julio de 1831, tuvo lugar la tan deseada evacuacion, la que anunció el papa á sus súbditos en una proclama. El 31, en el acto de apertura de las cámaras, Luis Felipe se expresó en estos términos: «Como lo solicité, las tropas del empe-

rador de Austria han evacuado los Estados romanos. Una amnistía real, la abolición de las confiscaciones, cambios importantes en el régimen administrativo y judicial; tales son las mejoras que se aseguran á esos Estados, y que nos hacen esperar que no se turbará ya mas la tranquilidad, y que el equilibrio de la Europa, se afirmará con el mantenimiento de su independencia.»

«La intervencion extranjera violentó, por decirlo así, al Papa, obteniendo el planteamiento de instituciones liberales, de aquellas que mas en consonancia se hallaban con el gusto del siglo. Consejos provinciales, cabildos municipales, exámen de cuentas, estados expuestos al público, obligacion de oír toda clase de reclamaciones, resoluciones tomadas á pluralidad de votos, ¿no es todo esto muy á propósito para contentar á gentes que solo desearan formas de administracion mas populares? Sin embargo, no era esto lo que en el fondo se apetecía. Los patriotas italianos habian salido de sus prisiones, y los promovedores de la insurreccion que huyeron ó se ocultaron entraban de todas partes y levantaban la cabeza. En Forli, el pueblo amotinado desarmó á las tropas pontificias. En Bolonia, apenas se hubieron marchado los austriacos, formóse una guardia cívica, é invitóse á los habitantes á resistir á las tropas que viniesen de Roma. Dejéronse de recibir órdenes y edictos de la capital; los partidarios de la autoridad legitima eran tratados como serviles; en las Legaciones reinaba una verdadera anarquía; el gobierno carecia de fuerza y no podia hacerse obedecer. Bajo estos deplorables auspicios comenzó el año 1832. Reclamóse nuevamente la intervencion de Austria, cuyas tropas acudieron muy pronto. Tanta solicitud, empero, pareció sospechosa al gobierno francés, el cual temió, quizás con algun fundamento, que ese afectuoso celo por los intereses del Sumo Pontífice encufriese un oculto proyecto de dominacion y de conquista, y en consecuencia determinó dirigir una expedicion á Ancona.

El general Cubières debia entenderse con el embajador de Francia en Roma, y recibir, por decirlo así, órdenes del Padre Santo en una audiencia que de él solicitaria, para dar al cuerpo expedicionario la direccion mas favorable á los intereses y á la dignidad de la Santa Sede. Mas, por una fatalidad inesperada,

vientos contrarios prolongaron el viaje del general Cubières mientras que la escuadra francesa verificaba su travesía con una celeridad imprevista. El coronel Combes desembarca al punto sus tropas en Ancona, derriba á hachazos las puertas de la ciudad, y se apodera de la ciudadela desplegando en ella la bandera tricolor á la vista de todas las Legaciones. En el momento mismo en que el general Cubières ponía el pié en el palacio de la embajada de Francia, súpose en Roma la violenta ocupacion de Ancona. Gregorio XVI protestó de un modo solemne ese acto de hostilidad que no esperaba; siempre se mostró benévolo y afectuoso con la Francia; procuró calmar los espíritus, y solo dió al clero consejos sabios y llenos de moderacion; á instancias del embajador francés perdonó á los insurgentes, y publicó edictos haciendo concesiones importantes, y en recompensa de tanta condescendencia, se ocupaba á una ciudad pacífica, se mandaba en ella á guisa de dueño, se reducian á prision las tropas pontificias, y se desarmaba á los soldados. Ancona no fué evacuada hasta el año 1838, en tiempo del ministerio Molé.

«La historia imparcial dirá que los italianos agradecieron muy poco al papa las reformas que introdujo en sus Estados, y que casi siempre se mostraron ingratos á sus beneficios, á sus actos de clemencia, á sus generosas intenciones. Mas tarde, en el pontificado del sucesor de Gregorio XVI, concediéronse instituciones mas liberales todavía; hasta llegó á inaugurarse en Roma una especie de gobierno representativo, y sin embargo ¿cuál ha sido la gratitud de los italianos? No debieran estos olvidar que la libertad no puede producir frutos saludables, sino en un país bien preparado; y antes de cambiar sus leyes y sus formas constitutivas, deberian, siguiendo el consejo de Dante, de Machiavelo, de Alfieri y de Gioberti, ocuparse en cambiar sus costumbres: *mutar costumi*. En medio de todas estas agitaciones que ocurrieron en los primeros dias de su pontificado, Gregorio XVI hubo de ocuparse de una controversia religiosa, en la cual brillaron en todo su esplendor la alta sabiduría, la consumada prudencia y la fijeza de doctrina de la Santa Sede. Lamennais y sus discípulos habian sembrado la division entre el clero francés por medio de nuevas doctrinas políticas, religiosas y filosóficas. Reproduciendo á su

albedrío las cuestiones mas irritantes, se habian arrogado la misión de regenerar el catolicismo, de asentar á la sociedad sobre nuevas bases, y de despojar al espíritu humano de principios que hasta entónces creyera evidentes é infalibles. Devolviase al papa la dictadura suprema, y reuniendo el cetro caído de las manos de los reyes y la espada rota en manos de los pueblos, debia marchar al frente de las generaciones libres y conducir las á un nuevo y glorioso destino.

«No deslumbró al sábio Sumo Pontífice este bello porvenir que se ofrecia á sus ojos, y advirtió al mundo católico lo que era preciso pensar de esas extrañas novedades y de todas esas pompas teorías. En la encíclica de 15 de Agosto de 1832 enumera rápidamente los males de la Iglesia, é indica el modo de remediarlos. Pero los medios que propone son precisamente los mas opuestos á los que Lamennais y sus discípulos habian tratado de hacer prevalecer en sus periódicos. El papa se lamenta de que *se quebrante la obediencia debida á los obispos, y de que se huellen sus derechos*, y recuerda que *toda clase de innovaciones conmueven la Iglesia universal*. Designa como culpables é insensatos á todos aquellos que *en sus delirantes opiniones se atreven á vituperar la disciplina establecida en la Iglesia, como contraria al derecho universal, ó que la presentan como defectuosa é imperfecta*. «Es absurdo y ofensivo para la Iglesia, dice el Padre Santo, imaginar que es necesaria una *restauracion y regeneracion*, cual si la Iglesia pudiese estar sujeta á decaer ó á ofuscarse, ó á otros defectos de esta especie.» Por último, clama con igual fuerza contra las opiniones y las máximas que tienden á disminuir la sumisión debida á los soberanos, y que alientan las revoluciones.

«La encíclica produjo un efecto inmenso. Los partidarios de las nuevas ideas, muchos de los cuales eran hombres de fé y de talento, se sometieron, resistiendo tan solo su maestro, á quien, sin embargo, se arrancaron algunas retractaciones mas ó menos sinceras; pero no pudiendo contenerse por mas tiempo, lanzó el grito de revuelta en sus *Palabras de un creyente*, «libro de corto tamaño,» decia el Papa, «pero muy perverso.» Los anatemas de la Santa Sede hirieron á ese triste monumento de un genio perdido en el orgullo de sus pensamientos. Una nueva encíclica de 25

de Junio de 1834, hirió al mismo tiempo un libro peligroso, y condenó solemnemente el nuevo sistema de filosofía, «sistema engañoso, en el cual por efecto del amor á innovaciones, no se busca la verdad allí donde se halla, y dejando á un lado las tradiciones apostólicas, se inventan doctrinas vanas, sútiles, inciertas y reprobadas por la Iglesia, con las que hombres presuntuosos creen falsamente sostener y apoyar la verdad.» He aquí claramente calificada esta nueva filosofía, que con tanta modestia se apellidaba la *filosofía católica*, que se presentaba como la única razonable, y que se sostenia con tanta arrogancia, hasta el punto de mirar como espíritus exíguos á los que no se prosternaban ante esa admirable teoría.

«La influencia que Lamennais ejerció sobre sus discípulos ofrece la lastimosa circunstancia de que estos, aun despues de haberle abandonado, no pudieron despojarse de las soberbias y desdenosas formas que á menudo empleó su maestro en sus numerosas discusiones.

«Ningun papa hubo de velar como Gregorio XVI sobre tantos intereses religiosos, de resolver cuestiones tan complejas y delicadas, y de contemporizar con tantas susceptibilidades. Los que no admitian la legitimidad de las revoluciones, hubieran querido que el Pontificado abrazase su desgraciada causa, y que levantara su vencida bandera. Gregorio XVI proclama en su bula de 5 de Agosto de 1831, que la sucesion del ministerio pastoral debe ser independiente de las variaciones políticas. ¿Que seria de la Iglesia en todos los paises, si no pudiese tener obispos por efecto de las opuestas pretensiones de los soberanos, ó de las disputas acerca de la legitimidad de los gobiernos? Estos son los principios que guiaron al papa durante su pontificado, y en virtud de los cuales instituyó obispos en América, á pesar de la repugnancia y de las reclamaciones de la córte de España. La Polonia cayó en la desgracia desde que trató de sustraerse á la dominacion de los rusos, y el papa escribió á los obispos de ese pais exhortandoles á recordar el precepto de San Pablo, y á permanecer sumisos á los poderes constituidos. Esta doctrina no era nueva, pues habia sido proclamada ya en la primera encíclica.

«La Santa Sede no se apartó jamás de este lenguaje. Es por lo

tanto una bajeza inicua la complacencia que se tuvo en propagar que la Rusia habia ofrecido poner eventualmente á la disposicion del papa una partida de tropas para protegerle en caso de necesidad contra todo ataque, de cualquier punto que viniera, que se ajustó un tratado partiendo de esta base, y que el breve dirigido á los obispos de Polonia fué el precio exigido por la Rusia en cambio de sus promesas. Gregorio XVI era incapaz de cometer tal villanía. El emperador Nicolás pudo convencerse mas tarde de cuán grande era el valor verdaderamente apostólico del augusto anciano, y de la santa intrepidez con que sabia defender la causa de las víctimas á la vista de sus perseguidores. La revolucion de 1833 se manifestó en Portugal hostile á la religion. D. Pedro lo derribó todo de su propia autoridad, declarando vacantes todas las sillas, para las cuales el papa habia dado la institucion en virtud de la representacion hecha por D. Miguel, expulsando de los conventos á todos los novicios, y finalmente suprimiendo todos los patronatos eclesiásticos. En el consistorio de 30 de Setiembre, Gregorio XVI elevó su voz condenando esas «medidas impías y audaces que tienden á trastornarlo todo en la Iglesia.» La prensa liberal acusó al papa de haber arrojado en Portugal una nueva tea de discordia. Reconociase sin embargo, que D. Pedro *se precipitó quizás demasiado*. En efecto, invadió á la vez lo temporal y lo espiritual, destituyó á los obispos, prohibió conferir órdenes, cerró los seminarios, y decretó á diestro y á siniestro expulsiones y proscripciones. No parece sino que la religion está condenada á sufrir á cada cambio que se verifica en el orden político, como de ello ofrece un triste ejemplo la España después de la muerte de Fernando VII.

«El Sumo Pontífice deploró á la faz de la Europa esas desgracias, y dejó oír enérgicas protestas. «Los negocios de la Iglesia,» dice, «caen en la confusion, empíezase ya á decretar medidas que violan sus derechos, arrebatan sus bienes, atormentan á sus ministros, y demuestran que se desprecia la autoridad de la Sede apostólica. Tales son las leyes que han quitado en gran parte á los obispos la censura de los libros, y que permiten apelar de sus sentencias á los tribunales civiles; tal es la comision creada para proponer una reforma general de los negocios eclesiásticos; tal es

la ley que prohíbe en primer lugar la admision de novicios en los conventos de regulares, y que suprime en seguida muchos monasterios, poniendo sus bienes á disposicion del tesoro, y que en determinadas circunstancias pretende sustraer á los religiosos á la jurisdiccion de sus superiores, ó reducirlos al estado secular. Añádase á esto la separacion de los pastores de sus diócesis, la expulsion de los curas párrocos, una opresion violenta ejercida sobre el clero, el desprecio de todos los derechos de inmunidad eclesiástica, y hasta la prohibicion impuesta á los obispos de conferir libremente en lo sucesivo las órdenes sagradas.» Pocos años habian trascurrido desde que Gregorio ascendiera al sόlio pontificio, y á cada instante veíase obligado á elevar su voz para deplorar las pérdidas de la religion.

«Mas no era esto solo lo que producía sus lamentos. Habíase elevado en Alemania una secta con el pretexto de defender la creencia católica contra los ataques de la moderna filosofía alemana. El sistema que proclamaba, conocido con el nombre de *hermesianismo*, fundólo Jorge Hermes, profesor de teología en Munster, y luego en Bona. Si bien el primer intento del autor fué dar una demostracion racional y rigurosa del catolicismo, su doctrina no es por esto ménos contraria á la pureza de la fé. Sus pretendidas deducciones rigurosas, conducen á sin número de cosas absurdas y opuestas á la doctrina de la Iglesia católica, principalmente con respecto á la esencia de Dios, á su santidad, á su justicia, á su libertad, al fin que se propone en sus obras, á los argumentos que comunmente sirven para probar y confirmar su existencia, al pecado original, y á las fuerzas del hombre despues de su caida. Un decreto de 26 de Setiembre de 1835, condenó las obras de Hermes, y prohibió su lectura.

«En 1837 pasaron á Roma dos discípulos de Hermes, con la pretension de conseguir un nuevo exámen de las doctrinas de su maestro, lo cual equivalía á decir que el breve en que fueron condenadas, era nulo; esperando cuando menos que se haría distincion entre las doctrinas de Hermes y las de sus discípulos, y ofreciendo con este objeto admitir una nueva profesion de fé. Mas esta profesion de fé era inútil, y no habia mas que aceptar el breve y volver á Alemania. Vijilante centinela de los intereses de la